



CASA DE LA LITERATURA PERUANA

**El cuerpo en la primera mitad del siglo xx
-Informe de investigación-**

Exposición permanente
Intensidad y altura de la literatura peruana

La percepción del cuerpo ha evolucionado con los distintos cambios producidos a través de los siglos. En el siglo xx se inauguran nuevos modos de ver el cuerpo, la percepción varía según el periodo y el espacio que se revise. De manera general, según Foucault, respecto al cuerpo hay dos grandes rupturas: la primera se da durante el siglo xvii con el nacimiento de las grandes prohibiciones y represión respecto a la sexualidad; por otro lado, en el siglo xx –en la historia occidental– no es tanto una ruptura, sino un cambio de dirección, donde los mecanismos de represión disminuyen de manera considerable y se evidencia una tolerancia relativa. En el caso latinoamericano, la sexualidad es un tema que intenta seguir esta línea occidental: nuestros poetas vanguardistas intentan mostrarse más liberales, presentan la exploración de cuerpos, de su cuerpo.

En tal sentido, para pensar el cuerpo es necesario tener en cuenta los tres ejes de desigualdad claves para la diferenciación del individuo: género, raza, y clase. Se intenta, así, mapear las representaciones literarias en torno a estas variables y su cercana relación con el cuerpo y el poder.

Los análisis posibles para entender la presentación del cuerpo y el planteamiento de una identidad a partir de él nos muestra tres posibles temas. El primero centra su importancia en la presencia de las mujeres en la primera mitad del siglo xx, su producción literaria, su repercusión en el ambiente político y social, y su importancia como agentes culturales. El segundo tema será la exploración del cuerpo en la literatura producida, aquí se pondrá énfasis en la producción surrealista, ya que serán el enlace con la nueva generación de poetas que se centrará sobre todo en la exploración del cuerpo. Por último, se pretende revisar y evidenciar la presencia de cuerpos distintos, aquellos que no entran en el discurso oficial, los cuerpos que no pertenecen al individuo blanco, con dinero y heterosexual, presentando así cuerpo violentados que son parte del ejercicio de poder.

1. Las mujeres en la primera mitad del siglo

XX

La situación de la mujer en este periodo histórico será cambiante, como los mismos tiempos. Durante los primeros años de este periodo aún están presentes muchas de las mujeres que irrumpieron en la segunda mitad del xix, aun así las mujeres son excluidas de la nación¹. Como consecuencia, se observa la presencia de movimientos feministas que exigirán los derechos laborales, políticos, civiles y educativos. Las mujeres dejaron de ser las musas inspiradoras para ser productoras de discursos, poéticos, narrativos, dramáticos y ensayísticos. El medio político agitado influyó en la producción y expresión de muchas escritoras, pues estas mujeres fueron parte de un periodo de nuevo proyectos políticos. En

¹ Esta exclusión es muy evidente en la lucha por el voto que incorpora Magda Portal para exigir la participación política de la mujer de manera más efectiva, lo que es visto de manera negativa por sus compañeros apristas, expulsándola del partido.

tal sentido, la temática de la identidad y la realidad peruana y latinoamericana no fue un tema ausente en la reflexión femenina. Así como tampoco lo fue la indagación del rol de la mujer y las relaciones de género en la sociedad. Las mujeres de este periodo son también una voz contestataria, que busca desafiar al monólogo masculino y su pretensión de hegemonía en el ámbito intelectual.

Las mujeres en este complicado periodo político² tienen distintos lugares de enunciación y discursos diferentes, pero casi siempre desde una actitud de denuncia, coincidiendo en la crítica social, la revaloración y recuperación de la cultura andina. Muchas de ellas fueron censuradas y perseguidas, aunque su apego con la cultura andina hiciera que fuesen acogidas por Amauta, formando así parte del debate intelectual de la identidad nacional.

Algunas de estas mujeres participaron activamente en las artes plásticas de la corriente indigenista, junto a José Sabogal, como Julia Codesido, Teresa Carvallo, Carlota Carvallo, Alicia Bustamante, Leonor Vinatea, Carmen Saco, las hermanas Izcue, entre otras de gran importancia.

No obstante, la presencia de las mujeres no solo se limitó a la pintura indigenista. Dora Mayer³, también participa de esta inquietud, aunque desde su planteamiento sobre la problemática del país y, junto a otros personajes, funda la “Asociación Pro-Indígena”. Su labor no solo se enfocó en el rescate de la imagen del indígena, también planteó sus críticas a muchos dirigentes de la Iglesia Católica, por lo que sufrió una fuerte censura a su imagen y su obra.

Una de las escritoras más prolíficas de este periodo es sin duda Magda Portal, militante aprista, quien elabora discursos sobre la posición de la mujer en el APRA además de un perfil de la nueva mujer. En su obra *La mujer nueva* (1933) “habla de nuestro sistema social como basado en la más flagrante desigualdad en que la mujer sufre ‘el despotismo, la humillación’ y reconoce su impotencia para comprender su propia esclavitud a causa de su incultura, en medio de la que trata de ‘sustituir el conocimiento con la intuición natural y la razón con la fantasía’”⁴.

² La posición radical traerá a muchas mujeres fuertes conflictos con la sociedad conservadora, habría que resaltar también esta participación en la política de la mujer desde Micaela Bastidas, quien también presenta una imagen más radical que la de su esposo.

³ Criticó también a Mariátegui, con quien estuvo en desacuerdo en sus nociones sobre lo peruano y lo indio. Fue implacable al denunciar al APRA, primer partido político de importancia del Perú y lo acusó de ser “un círculo de vanguardias de todos los colores, principalmente de la clase proletaria y media”. Le respondió una campaña de desprestigio y silenciamiento a sus escritos.

⁴ Otras mujeres: (a) María Wiese de Sabogal (¿-1964) perteneció también al grupo Amauta. En 1919 publicó su primer libro, tiene alrededor de treinta otros títulos, dirigió revistas y espacios radiales. El crítico Alberto Escobar la califica como un “noble ejemplo de fe en los valores literarios y estéticos”. Es autora de un libro sobre su esposo José Sabogal, el artista y el hombre y escribió, asimismo, una de las primeras biografías de José Carlos Mariátegui.

Otra escritora es Zoila Aurora Cáceres, primera crítica experta en literatura feminista y femenina, no solo de mujeres sino también de autores europeos. Su libro *Mujeres de ayer y de hoy* (1919) es pionero y original en las letras peruanas. Presenta con una perspectiva de género no solo la historia de la condición histórica de las mujeres en el mundo, sino que además articula los discursos literarios y su impacto en la sociedad, proponiendo transformaciones en las mentalidades para obtener la igualdad de derechos y la justicia.

Zoila Aurora Cáceres (Evangelina). *Mujeres de ayer y de hoy*, 1909⁵.

Pie de imprenta: Prólogo de Luis Bonafoux. París. Garnier hermanos, librereros editores.

Comentario: En su texto diferencia a la mujer ideal de los poetas con la mujer real de cada época. En la prehistoria, las Amazonas, luego las entregadas a religión en la Edad Media y finalmente las mujeres que exigen sus derechos de igualdad. De ahí que enuncie que las condiciones actuales de su contexto están acondicionadas para que el feminismo tome fuerza. Además realiza un rastreo de las mujeres escritoras peruanas⁶ y su situación, evidencia los problemas de la educación, entre otros.

Dora Mayer

Sobre ella: De nacionalidad alemana, pero reside en Perú. Escribe en el primer diario de la capital, *El Comercio*, importantes artículos de ciencia social. Énfasis en su labor como poeta vanguardista y como luchadora social y feminista.

(b) Ángela Ramos (1903), formó parte del más cercano círculo de Mariátegui. Su obra no ha sido debidamente reunida. Es una escritora ingeniosa y una crítica mordaz. Su actividad política también la llevó a la cárcel y sufrió discriminación a causa de sus ideas.

(c) Catalina Recavarren (1904), publicó poesía y un ensayo titulado *Flora Tristán: la mujer mesiánica* (1942). De ella dice Luis Alberto Sánchez: "En un país donde el humor es escaso, resulta doblemente exótico que quien lo derroche sea una mujer, cuya existencia ha sufrido los altibajos de un temperamento y una convicción profundos".

(d) Leonor Espinoza Menéndez publica, hacia 1915 en Arequipa, *Zarela*, novela feminista.

(e) Rosa Arciniega

(f) Angélica Palma.

⁵ Ver antologías:

Merlín H. Foster y K. David Jackson, 1990.

Jorge Schwartz, 1991.

Mihai Grünfeld, 1995.

Vicky Unruh, 1994.

⁶ Indica las instituciones que se fundan en favor de la mujer y la familia, además de recalcar la posición y situación de quienes dirigen estas instituciones.

Juana Alarco de Dammert funda "La Cuna" lugar en que las obreras depositan sus hijos mientras van a trabajar.

Adjunto: dirige Matilde Guerra de Miró Quesada (mujeres de clase alta). *El Comercio*.

"El CENTRO SOCIAL de señoras se ha fundado con el fin de establecer un liceo para las señoritas, una Sección Preparatoria de Primera Enseñanza, una Sección Comercial, una Escuela Doméstica y otros anexos".

María Jesús Alvarado. “¡En plena esclavitud!”, en El Deber Pro-indígena.

Fragmento:

(...) ¡Abramos nuestro espíritu a la más amplia libertad; eduquemos en la libertad y para la libertad; libertemos a la mujer que forma al ciudadano; libertemos al indio que forma la riqueza y constituye nuestro ejército; libertemos el pensamiento, profesemos la más grande tolerancia; unámonos fraternalmente bajo la cerúlea bóveda, en el grandioso templo de la naturaleza, a cantar himnos al trabajo, a la verdad, y a la moral; ahogemos las debilidades todas con la fortaleza del carácter y reconstruyamos la patria; y que esta viril dignificante reacción, sea el homenaje sublime que le ofrezcamos en el glorioso día del centenario de la independencia!

2. Cuerpo en la producción surrealista

Texto en construcción.

3. Cuerpo violentado

Enrique López Albújar. *Matalaché*, 1928.

Comentario: Novela ambientada en el periodo colonial.

Fragmento:

Física y espiritualmente José Manuel era el negro menos negro de los esclavos de La Tina. Su tipo, su porte, cierto espíritu de orden e iniciativa y un marcado sentimiento de altivez diferenciábale grandemente de la negrada, hasta el punto de despertar en ellos, especialmente en congos y carabalíes, antipatías y animosidades rayanas en el odio. Al compararse ellos con José Manuel descubrían en los rasgos fisonómicos de éste el sello inconfundible de la blanca intromisión del cruzamiento, al que, no obstante envidiárselo, consideraban como un agravio y una traición, que no quisieron perdonarle nunca. La oculta soberbia de su raza les hacía ver en este mestizo, engendrado seguramente en una hora de vandalismo sexual, un tráfuga, cuya falta se encargaba su rostro mismo de pregonar. (...)

En buena cuenta, José Manuel no era para sus compañeros de esclavitud un blanco ni un negro. Para lo primero le faltaba el color definitivo y la libertad, el derecho de alternar como igual con esos hombres que disfrutaban de todas las comodidades de la vida, haciéndose servir por otros; y para lo segundo, sobrábale nariz, ligeramente roma, sus labios anabelfos, adelgazados por la ley misteriosa del mestizaje, que para ellos significaba la protesta más grave contra el distintivo de la raza, y aquellos cabellos suaves,

delgados, y discretamente rizos, libres ya de las ásperas y rebeldes crespaturas de las ulótricas cabezas de sus mayores (p. 62).

José Díez-Canseco. *Duque*.

Personajes: Sociedad limeña, Teddy, Astorga, Beatriz, etc.

Pie de imprenta: Santiago de Chile. Ercilla, 1934.

Revisado en: Biblioteca personal

Comentario: La obra está ambientada en la Lima de los años treinta, intenta realizar una fuerte crítica a la decadencia de morales, los personajes son parte de una vida llena de vicios y escándalos, el narrador inserta escenario y momentos que los mismo personajes critican.

Observaciones: Narrativa vanguardista.

Fragmentos:

No sé qué era más femenino: si el dormitorio-boudoir de Teddy o el dormitorio-boudoir de Doña Carmen. En ambos había exceso de encajes, vasos de noche de plata, lamparillas eléctricas de color rosa en las mesas de noche, almohadones, veladores de toilette llenos de escobillas, polvos, cremas, leche Innoxa, Tabac Blond (...) (p. 22).

¡Bah! Astorga es un buen hombre que sólo tiene un vicio: los muchachos (p. 63).

Suárez Valle:

Estas cosas de moral son cuestiones de costumbres, de climas, de conveniencias... A más de que 'eso' no es sino una facultad, ya muy generalizada, de apreciar otro género de belleza a más del femenino. Todas las cosas bellas llevan en sí la facultad de despertar un deseo de posesión: un caballo, un cuadro, un traje, una mujer, un florete, siempre nos sugieren el deseo más o menos furioso, de que sean nuestros (pp. 63-64).

¡Completamente cierto! Los toros, el box, en general todo espectáculo en que se luzca habilidad, fuerza, poderío, destreza-vale decir los deportes-despiertan en los hombres una admiración para esa fuerza muscular, sólo compatible con las mujeres. El hombre goza generalmente con lo débil, lo frágil, lo delicado, porque ello despierta en él un deseo, bien varonil por cierto, de proteger, de escudar. Los enfermos admiran sobre todo, la salud. Y si un hombre goza con la fuerza, casi siempre está confesando su propia

debilidad, su afeminamiento ante el tipo del macho sudoroso y bravo... (p. 103).

Sobre el aspecto homosexual, es percibido en la novela como desencadenante y controversial y, por ende, atípico y censurable. La homosexualidad para Fuller “actúa como el peligro que obliga al joven a entrar en el patrón de la masculinidad prescrita y canaliza las fantasías masculinas de subversión y escapismo” (p. 154).

Pieda Narváez y la de Dávila se contaba no sé qué cosas, muy acaloradamente. Después rieron. Ambas cogidas de las manos, se miraron largamente. Y se besaron en la boca, con un beso largo y voraz.

- ¡¿Qué es eso?! – se asombró Teddy en voz baja.

Sonrió Beatriz.

- ¡Son más cínicas! Ya, ni disimulan... (p. 120).

En el Packard de Astorga, llegaba este con Crownchield.

- ¿Qué tendría? Salvo que un prejuicio religioso...

- No eso no.

- ¿Entonces? Yo no te pido sino una amistad cierta, real, sin prejuicios.

- La tienes...

- Sí pero de lejos. ¿No comprendes que en esto hay una locura de la cual no puedo –y no quiero!– escapar? Yo no te pido la brutalidad de... eso que adivinas. Te pido la... cosa efusiva de dos amigos que se estiman, se quieren con un poco de más altura y sinceridad que esta gente estúpida que no ve en “esto” sino la brutalidad inmediata, perentoria. Esa misma amistad de los griegos...

- ¡No me vengas con literatura!

- No es literatura. Es ¡todo!

Llegaron (p. 139).

¿De qué sutil manera está hecho el espíritu de ciertos hombres? Tiene – cualidad femenina– ese arte buido del convencimiento, de la persuasión

paulatina. Desde el principio, desde que llegara de Europa, Astorga había rodeado de finas atenciones, de discretos decires en los que salía triunfante el buen gusto, la originalidad, el talento, las corbatas, el espíritu de Teddy. Y acaso porque esos seres ambiguos poseen una seducción que solamente, únicamente, nuestros prejuicios rechazan, él se había dejado llevar por esa seducción, por ese poder de absorción que Astorga poseía.

Culto, fino, discreto, alardeando inteligentemente de mundología, de sagacidad, de distinción, de elegancia, Astorga supo seducir, atraer al mozo jarifo cuya belleza, más de línea que de rostro, era –Lisstette y Beatriz podían atestiguarlo– solo comparable a la de esos pajes del Renacimiento con quienes, en Roma, los Cardenales se consolaban sin prudencia de un forzado celibato.

Teddy fue víctima, careciendo de la ayuda de hermano mayor, de la furiosa lujuria de los adolescentes, allá en París, en el claustro sombrío de un colegio de jesuitas. Por ello expulsaron del colegio a Jules Dupré, de quien, años después, volvió a ser amigo, y de quien guardaba como recuerdo un bastón de malaca... Pero ¿ahora?

- ¡No, estúpido!

Pero estúpido y todo, él no podía substraerse al influjo de este hombre egoísta y diestro. Con una erudición pasmosa le habían hablado desde Sodoma hacia Londres narrándole toda la historia escabrosa del pecado bíblico. Adujo ejemplos: Sócrates, Platón, Wilde, Verlaine, Miguel Ángel, Shakespeare, Poe, todos los poetas malditos del sucio vicio. Y la historia turbia de este vicio, descrita en color y relieve por la falta insinuante de Astorga, había desfilado ante su imaginación, ya seductoramente, ya vergonzante. Y así, Teddy admitió que no debía ser tan punible pero que había que guardar las apariencias. “Lo malo es el escándalo”, decía.

Y cuando el otro le evocaba las horas en que cayera en esta sima, allá en los días del colegio. Teddy se confesó que habría sido peor negarse, porque a tal negativa, tal paliza.

Y no es que fuera orgánicamente invertido. No era el suyo el caso del individuo fisiológicamente ambiguo. Era, sencillamente, un amoral. Hijo único, todos sus caprichos fueron siempre satisfechos. Todo lo que apetecía, lo tuvo. Y así, no se dio cuenta nunca de ese frágil límite, que todos hemos transgredido, que separa el Bien del Mal.

(...)

Luego, por la separación de sexos a la que, desde el colegio estuvo obligado, tuvo que satisfacer sus pequeñas urgencias sexuales con sucias pantomimas del amor. Onán Triunfó. Más tarde, Sodoma (pp. 143-144).

¿Cómo fue? ¿Cómo pudo, rápido y astuto, rendir al mozo? ¿Cómo fue que él, Roberto Crownchild Soto Menor, ocurriera al sucio cubil donde le aguardaba el sucio demonio sodomita? ¿Cómo fue que, amante de Beatriz, se rindiese al inexplicable influjo del casi padre de su hembra?

Lo cierto es que fue. Astorga le espera con un lunch copioso: sándwiches y licores fuertes. Bebieron primero. Luego, con el pretexto del calor se despojaron del saco. Tornaron a beber. Astorga aprovecha del otro su débil resistencia al alcohol. Una vez encandilado, todo fue sobre rieles.

¿Vergüenza? No. Solo cierta inquietud, cierto vago desasosiego. ¿Si lo llegaba a saber Beatriz? ¡No, nunca! Las mujeres no se dan cuenta de ciertas cosas. Astorga dividió su gula entre Petronio y Teddy. Y tan tranquilo. Nada de aspavientos. Era, para ambos, natural y sencillo.

Y así prosiguió el amancebamiento. Cambiaronse retratos y recuerdos, una pulsera, un reloj de mesa, libros, bastones, un prendedor. ¿Vergüenza? Y luego una labor de zapa de celos y cierto rubor inexplicable –para alejar a Teddy. De su hija. Estaban juntos todas horas. Suárez Valle iba a casa de Crownchild sin encontrarle nunca. (...)

Hablaban libremente. Se contaban sus impresiones, sus sensaciones, sus anhelos. Algunas veces, muy pocas, Astorga habló de un retiro donde vivir al margen de la ciudad chismorrera y pacata. ¡Un idilio! (pp. 158-159).

(...) Un pecado, sea cual fuere, si no lo hemos cometido, nos asombra hasta lo infinito. Una vez realizado, la desilusión de saber que no era tanto. Y así, ante el testimonio indiferente de Petronio, ambos siguieron el diálogo socrático. Nunca, pero nunca, ni el menor desaire, y ni la más pequeña censura. Nombre y fortuna les ponían al margen de reprobaciones.

Una tarde, Astorga puso fin a esto. En el cubil de la Avenida Grau, puso un espejo ante el diván. ¡Y se vio! Vio allá en el fondo de la luna impasible, el acoplamiento de dos hombres. No, no eran él y Astorga. Eran otros a quienes él no conocía y acaso por esto le pareció más asqueroso y peor. Para no ver hundió la cara, roja de ira, entre los brazos sin vellos. El otro jadeaba en una angustia de delicias. ¡Un asco! El bigotillo de Astorga le picaba en la mejilla. Luego le mordió.

Al salir, Teddy no quiso ir en el auto con el otro. Tomó un coche cualquiera y, velozmente, sintiendo vergüenza de que la gente le viese, corrió desatinadamente hasta su casa. Se encerró. Duque dormitaba los pies de su lecho (p. 159).

Y se acusó en furia pueril y tonta:

- Si un tipo nace invertido, ¿qué va a hacer? ¿Pero yo? ¡Yo no! Yo he nacido normal, bien constituido. Entonces, ¿por qué caí? No fue sino la labia del otro que me rindió, que me ensucio en esta abyección. ¡Demonio, demonio! Pero eso sí, nunca más. *God damn!* ¡Nunca, nunca!

¿Pero acaso no sabía que no reincidir no significaba nada? El hecho cometido no se lo podía perdonar el no repetirlo. Repetirlo no hubiese sido enfangarse más. ¡No! Ni Wilde, ni Verlaine, ni Miguel ángel, ninguno disculparía ni con sonetos ni con novelas el acoplamiento de dos hombres. Y eso, ¡demonios!, ya estaba realizado. Y no fue una vez: treinta y ocho días, ¡treinta y ocho días mancebo de un hombre!

¿Cómo iba a presentarse a Beatriz? ¿Con qué desfachatez inédita la tomaría de nuevo, a ella, a la hembra que así se le había entregado, naturalmente, según la apacible ley de Dios? ¿Qué significaban su sexo, su inteligencia, su señorío, si un cualquiera, con dos frases, le había rendido en el diván perfumado de una *garconnière* cualquiera? ¡Asco tremendo: treinta y ocho días!

¿A cuál amigo le tendería la mano sin sospechar una censura? No; Censura, no. Su fortuna, su posición le ponían a salvo de cualquier reprobación, ¿pero la lengua de Lima? Él sabía que esos pecados en sus años de colegial era disculpables, no por ignorancia, sino por sus pocos años que le ponían en condición inferior a otros mayores. Él sabía que si había soportado esa vergüenza, allá en París, fue para no soportar una paliza. De esos malos pasos no tenía él culpa alguna, pero ¿ahora? Ahora, con veinticinco años, mozo corrido, frecuentador de entretenidas y cabarets, ¿qué disculpa podría alegar? Inútil la vergüenza ¡y todo inútil!

Y si había roto esa relación con Astorga, no fue porque el vicio mismo le asqueara, no. Fue el espejo; ese espejo colocado allí se reprodujo, estampa dantesca, estampa dantesca, el informe montón de los dos hombres. De no haber Astorga puesto ese espejo, seguramente todavía arrastrarían ambos su pecado, encandilados de alcohol y de lujuria equívoca.

(...) Él solo tenía la vergüenza de aquello y rencor de sí mismo.

Pero ¿por qué? ¿Acaso, después de todo, él no era él mismo, con el mismo cerebro, el mismo corazón, los mismos trajes, el mismo estómago, los mismos sentimientos, el mismo coche, los mismos anhelos? Sí, sí, era él mismo. Pero todos los prejuicios pesaron entonces sobre su conciencia eficazmente (pp. 160-161).

(...) ¿Qué era esto? ¿Y eso de Narciso? Miró la fecha atrasadísima y el sobre dirigido de su padre. ¡Teddy se lo devolvía! ¡Sí, la vieja hablaría acerca de su padre! ¡Y con su novio!

- ¡Cochinos!

No, una querida no le hubiese importado. Qué hubiese sido borracho, ¡cualquier cosa! Pero, ¿esto? ¡No, no; esto, nunca! ¡El padre y el novio! ¡Qué horror!

Todo el barniz de garconne moderna, despreocupada, independiente, saltó al instante. Surgió la limeña pacata, católica, prejuiciosa. No, no era tampoco el pecado mortal lo que la importaba. Era su espíritu que se rebelaba contra la inmundicia del pecado ambiguo. En otro, lo hubiese quizás disculpado. En su novio... Y, ¿casarse con él? ¡Nunca! ¡Primero, muerta!

“¡Un marica menos en la ciudad!” (p. 197).

Ventura García Calderón. *La venganza del cóndor*, 1924.

Fragmento:

¿Y la indiecita?

Estaba cerca de nosotros, en la puerta, hablando en voz baja, por respeto, con un grupo de indios; su familia tal vez, que vino acompañándola desde lejana aldea a la fiesta. ¿Desde cuántas leguas? No lo pudimos saber.

- Muy lejos, taita, detrás de todos esos montos – explicaban los indios.

Tenían rostros cetrinos, patinados como los troncos viejos, y las sílabas de su lenguaje gutural resonaban como un canto anhelante. Un anciano de barbas ralas ensayaba en su quena obscuras sonatas y quizá empezaba a entumecernos la melancolía tan peruana de la flauta que insiste, que tropieza en la misma nota, que ensaya siempre y no acierta nunca con la perfecta modulación de su melancolía. (...)

Aquello fue salvaje, como en las historias de la Conquista. Me encerré, despedí al chino aterrado, y la indiecita fue mía sollozando palabras que yo no acertaba a comprender. Estaba primorosa con su alucinado temor y su respeto al hombre blanco. Me alentaba por primera vez esa alegría de los abuelos españoles que derribaban a las mujeres en los caminos para solaz de una hora y se alejaban ufanos a caballo, sin remordimiento y sin amor. La linda niña me miraba sumisa como a su dueño. Era su carne prieta, de Sulamita, porque el sol le estragó el color; y en el desorden del manto violeta como la tarde de las serranías, asomaban redondeces de plenilunio.

Y cuando harté mi deseo, salí. Ya ensillaban mis compañeros, pues era preciso ponerse en marcha si queríamos pasar la noche en el próximo caserío. (...)

Dábamos la vuelta al cementerio, cuando sentí pasos apresurados por el sendero de cabras. Era mi chiquilla que llegaba corriendo. Se detuvo divinamente acongojada, sin pronunciar palabra, sin un reproche. Por lo demás, si ella hubiera hablado, yo no hubiera podido comprenderla. Pero me miró con tan desamparada súplica de esclava, que sentí un vuelco de orgullo en el corazón (p. 424).